

tan contra Jehová y contra su Cristo, que presenten un solo discurso que no esté sólidamente refutado desde los tiempos antiguos.

Aun en nuestros dias no han temido reproducir una y mil veces con nuevo aspecto, cuanto se ha dicho contra la Escritura Santa, aquellos hombres que están interesados en combatir la religion que condena su vida disoluta. Mas Dios que al lado de la caida del hombre pone el anuncio de un Redentor, y que desde entónces no ha dejado de poner el remedio al lado del mal (¡ah! si siempre nos hubiéramos sabido aprovechar), tuvo á bien levantar mayor número de hombres, que bajo la bandera de Jesucristo se han presentado á combatir en defensa del Señor.

Yo tendré, pues, oportunidad de citar al pié del texto del Evangelio un gran número de obras que defienden los pasages criticados. Tales son, á mas de las que están citadas en el Antiguo Testamento, las admirables Conferencias del ilustre prelado justamente llamado el *Apóstol de la juventud*; la Explicacion de los Evangelios por Mon Señor de la Lucerna; el Catecismo histórico del P. Feller; la excelente obra del P. de Ligny, Historia de la vida de nuestro Señor Jesucristo; *die Geschichte der de Religion Jesu Christi* (Historia de la Religion de Jesucristo), por el conde F. L. de Stollberg, protestante convertido &c. &c.

## SAGRADA BIBLIA.

### PREFACIO GENERAL

SORRE

#### LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO.

**H**abiendo Dios hablado en otro tiempo á nuestros padres muchas veces y en diversos modos por los profetas, últimamente nos habló él mismo por su propio Hijo, á quien constituyó heredero de todas las cosas, y por quien hizo los siglos (1). Habló á nuestros padres en el Antiguo Testamento, y á nosotros nos habló en el Nuevo. Moisés fué el mediador en la antigua alianza; los profetas fueron sus ministros. El primero dió la ley; los otros anunciaron el Mesías. La ley abria paso para el Mesías, á quien anunciaban los profetas. La ley y las profecías por sí mismas no podian ni darnos la perfeccion que figuraban (2), ni conceder lo que prometian, ni cumplir lo que representaban. Dejaban á los hombres en expectativa, pero no satisfacian sus esperanzas. Mas habiendo aparecido en el mundo Jesucristo, y habiendo tomado la nueva alianza el lugar de la antigua, las sombras se disiparon, las figuras se realizaron, las profecías se cumplieron, y la ley se perfeccionó. Un pueblo nuevo ocupó el lugar del antiguo, y llegaron los tiempos, segun la prediccion de Jeremias (3), en que el Señor hizo una nueva alianza con la casa de Israel y con la de Judá, no como la que hizo en otro tiempo, con sus padres, cuando los tomó por la mano para sacarlos de Egipto; y yo los desprecie, dice el Señor, porque no permanecieron en la alianza, que se hizo con ellos. Mas he aqui la alianza que haré con la casa de Israel: Imprimiré mis leyes en su espíritu, y las grabaré en su corazon; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. La alianza antigua hecha en Sinai era limitada á la casa de Israel; la nueva es general, y se extiende á todos los hombres. La antigua fue ratificada por la sangre de las victimas, machos cabrios y toros; la nueva se cimentó sobre la sangre del Hijo de Dios. Esta es la primera en la intencion del soberano Legislador (4), y á ella se dirige cuanto está escrito en los libros del Viejo Testamento. El espíritu de temor y de servidumbre es propio de la ley an-

I.  
Paralelo del  
Antiguo y  
Nuevo Testamento.

(1) Hebr. i. 1. 2.—(2) *Ibid.* vi. 19. *Nihil ad perfectum adduxit lex.*—(3) Jerem. xxxi. 31. et seqq. Hebr. viii. 8. et seqq.—(4) August. *contra duas epist. Pelag.* lib. iii. cap. 4. n. 7.



tigua; el espíritu de amor y libertad es el alma de la nueva. La antigua alianza era pasagera, y solo era para un determinado tiempo; la nueva es eterna, y debe durar por todos los siglos. Esta tiene por objeto bienes infinitos y eternos; aquella solamente los promete caducos y temporales.

La Iglesia cristiana, heredera de las promesas hechas por Dios á la sinagoga, conserva con estimacion y con un soberano respeto las Escrituras del Antiguo Testamento como los títulos de su posesion, de su eleccion y de la reprobacion de la sinagoga su rival. Guarda con una atencion y veneracion aun mayor los libros del Nuevo como la prueba de su adopcion, como la prenda de su felicidad, como la declaracion de la voluntad de su Padre y de su Señor, como el código de la vida, milagros y doctrina de su Dios, y como la regla que debe seguir en sus acciones y en su conducta.

Nuestro Señor Jesucristo no dejó cosa alguna escrita (1); se contentó con predicar de viva voz, y hablar en público y en particular á todo el pueblo y á sus apóstoles, é inculcarles por el espacio de tres años saludables verdades. Pero al separarse de ellos les prometió (2) que les daría un Maestro invisible é interior, que les enseñaría todo género de verdades, y les inspiraría cuanto deberian decir y responder en el destino que les daba de instruir á todos los pueblos y predicar el Evangelio por todo el mundo.

Para verificar estas promesas recibieron los apóstoles al Espíritu Santo cincuenta dias despues de la resurreccion de Jesucristo, y animados de su ardor é ilustrados con su luz nos han dejado los santos Evangelios y los otros libros del Nuevo Testamento, que justamente consideramos como la obra del mismo Jesucristo (3). No hablemos mas, dice S. Agustin (4): Felices aquellos que vieron al Salvador, y oyeron de su boca palabras de vida. Muchos de ellos lo persiguieron, é hicieron morir; y muchos que no lo vieron han creído en él: mas nosotros leemos, oímos y conservamos en los libros santos todo lo que decia al pueblo. Jesucristo está en el cielo, y todavia predica en la tierra: *Etiám hic est veritas Dominus*.

Los apóstoles no se apresuraron á escribir; sino que imitando á su maestro, comenzaron á enseñar de viva voz, y á practicar las verdades que tenían aprendidas. No temian olvidar lo que habian oido, ni alterarlo en sus sermones, porque estaban profundamente grabadas en su espíritu y en su corazón las verdades que recibieron de su boca, y estaban muy seguros de las promesas que les habia hecho de no desampararlos jamas. Pero despues el celo y santa curiosidad de los fieles los obligaron á poner por escrito lo que sabian para la instruccion y consuelo de sus discípulos. Este es el motivo que tuvo S. Mateo para escribir, y tampoco tuvo otro S.

(1) Vide August. lib. 1. de consensu Evang. cap. 7. et 9. Et lib. xxviii. contra Faustum Manich. cap. 4. et ep. 237. nov. edit. Allí habla de un himno atribuido á Jesucristo, y refiere algunas palabras. Habla tambien de una obra, que quieren sea escrita por Nuestro Señor, y dirigida á S. Pedro y á S. Pablo; pero esto era un libro mágico. Todos saben lo que se dice de la epistola del Salvador á Abigaro. Fozas, que están despreciadas como falsas por los hombres sabios.—(2) Joan. xiv. 26. rvi. 13.—(3) August. lib. 1. c. 15. de consensu Evang. Non aliter accipiet quis quod dixerunt discipulis Christi in Evangelio legitis, quam si ipsem manum Domini, quam in proprio corpore gestabat, scribentem contempserit.—(4) Aug. tract. 30. in Joan.

Marcos para compendiar lo que escribió S. Mateo, y añadir algunas circunstancias que por otra parte le eran conocidas.

Nos ensena S. Lucas (1), que se decidió á escribir mirando que corrian en el mundo muchas voces sobre la vida y doctrina de Jesucristo segun las enseñaban los apóstoles: y como por lo que á él tocaba sabia todas estas cosas de boca de los que habian sido testigos de ellas, y estaban encargados de predicarlas, creyó hacer un servicio á la Iglesia escribiendo fiel y ordenadamente cuanto desde el principio habia pasado. Los padres finalmente (2) nos dicen, que lo que movió á S. Juan á escribirnos su Evangelio, fué la heregia de Cerinto y la de los nicolaitas, que negaban la divinidad de Jesucristo.

Los Hechos de los apóstoles son una continuacion del Evangelio de S. Lucas, una historia de lo que sucedió en la Iglesia naciente de Jerusalem desde la ascension de Jesucristo hasta la conversion de S. Pablo, y de lo que acació á este grande apóstol desde su conversion hasta su viaje primero á Roma. Allí nos describe S. Lucas pasajes de que fué casi testigo, como inseparable compañero de los trabajos y predicacion del Apóstol. S. Pablo escribia sus cartas segun las ocurrencias y necesidades de las Iglesias, y no con la intencion ó desigño de reducir á escritura, ni formar un cuerpo de las máximas y verdades que predicaba; aunque por un efecto de la Providencia nos dejó infinitas instrucciones muy importantes, que son como una especie de suplemento de los Evangelios. Los otros apóstoles de quienes tenemos epistolas, las escribieron tambien con el solo desigño de instruir á las iglesias á quienes las dirigian; bien seguros de que estas las comunicarian á las demas, por el respeto con que se miraba cuanto venia de su parte, y por el interes de los fieles en conservar unos monumentos tan estimables. S. Juan escribió su Apocalipsis por orden de Jesucristo, que le mandó lo enviase á siete iglesias del Asia menor, á quienes queria hacer depositarias de las revelaciones que contiene este libro.

No nos detendremos aquí en probar la divinidad de los sagrados libros del Nuevo Testamento, ni en señalar su tiempo, motivo, autores y desigño con que se escribieron; esto se ejecutará en los prefacios particulares sobre cada libro. Hay libros tanto en el Nuevo como en el Viejo Testamento de cuya divinidad nunca se ha dudado; y hay algunos de quienes en algun tiempo se dudó por algunas iglesias particulares. A mas, el dia de hoy ninguno está puesto en el cánón, que no haya sido reconocido por la mayor parte de las antiguas iglesias. En vano los antiguos hereges han forjado evangelios falsos, ó han intentado corromper los verdaderos, porque nunca han conseguido alterar los originales de las iglesias católicas; y cuantos libros han corrompido, truncado, alterado ó compuesto segun su capricho, tantos han caído en el desprecio y en el olvido, y la Iglesia los ha proscrito y condenado.

No puede señalarse con puntualidad el año en que se formó el cánón de los libros del Nuevo Testamento; pero si estaba perfec-

(1) Luc. 1. 1. 2. 3.—(2) Iren. lib. iii. cap. 11. Hieronym. de Vir. Illustr. cap. 3. Victorin. Petav. in Apocal.



PREFACIO SOBRE LOS LIBROS

tamente formado en el segundo siglo de la Iglesia. Eusebio (1) nos manifiesta que habiendo los obispos de la Asia presentado á S. Juan los Evangelios de los tres evangelistas que ántes de él escribieron, y que eran ya públicos y conocidos en todas partes, S. Juan los aprobó y recibió; y para suplir lo que les faltaba, escribió el suyo, en el que refiere lo que hizo Jesucristo en el principio de su predicacion, y que habian omitido los otros evangelistas. Así fué formado el cánon de los Evangelios. Los tres primeros Evangelios se hallan citados en la epístola de S. Clemente á los Corintios escrita ántes del Evangelio de S. Juan. Tambien S. Policarpo en su carta á los Filipenses cita cinco ó seis veces los Evangelios de S. Mateo y S. Lucas, aunque sin nombrarlos. Igualmente S. Bernabé cita muchas veces en su epístola los cuatro evangelistas. Con la misma frecuencia los cita S. Ignacio en sus siete cartas, y en ellas se refiere principalmente al Evangelio de S. Juan.

S. Justino mártir habla expresamente de los Comentarios de los apóstoles, que así llama á los Evangelios, los que en su opinion fueron escritos por los apóstoles ó por sus discipulos. Tertuliano se refiere al Evangelio que desde el principio dieron los apóstoles, y se conserva como un depósito sagrado en las iglesias apostólicas: *Si constat id verius quod prius, id prius quod et ab initio, id ab initio quod ab apostolis; pariter utique constabit id esse ab apostolis traditum, quod apud ecclesias apostolorum fuerit sacrosanctum* (2). La prueba, dice, de la antigüedad y autenticidad de nuestros Evangelios es, que los hereges los corrompieran; pues no podrian corromperlos, si no hubieran existido ántes que ellos: *Itaque dum emendat, utrumque confirmat, et nostrum antierius, id emendans quod invenit, et id posterius quod de nostri emendatione constituens, suum et novum fecit*. S. Ireneo (3) opone á los nuevos escritos de los hereges los antiguos y auténticos originales de los apóstoles. Solos cuatro Evangelios reconoce, y asigna la razon de este número (4).

He aquí desde fines del primer siglo, principios del segundo y en el tercero, el cánon de los cuatro Evangelios recibido, reconocido y autorizado en la Iglesia por los mismos apóstoles, pues S. Juan vió los Evangelios de S. Mateo, de S. Marcos y de S. Lucas; y S. Pablo tambien comunmente cita el de S. Lucas. Este cánon se formó, no en una solemne asamblea ni en un concilio, sino por el consentimiento de las iglesias, y por el juicio de los obispos, de los cuales los mas vieron y conocieron á los apóstoles y á sus discipulos.

Ni son ménos auténticas las epístolas de los apóstoles, y su coleccion es casi tan antigua como los cuatro Evangelios. S. Policarpo cita con toda distincion las epístolas de S. Pablo, las de S. Pedro y las de S. Juan. Es cierto que no cita la carta á los Hebreos, ni la segunda de S. Pedro, ni la segunda y tercera de S. Juan; pero verisimilmente es esto porque no se hallaban dichas epístolas en las primeras colecciones. La Iglesia tenia ya un cuerpo de epístolas y Evangelios ántes de Marcion (5), el que á imitacion de los católicos quiso tener su libro de Evangelios y su Apostólico ó coleccion de epístolas de los apóstoles. S. Ignacio en su carta á los

(1) Euseb. lib. iii. cap. 24. Hist. eccl. — (2) Tertull. lib. iv. cap. 4. — (3) Ireñ. lib. v. cap. 30. — (4) Ireñ. lib. iii. cap. 11. n. 7. 8. — (5) Este herejiaza apareció el año 127 de Jesucristo.

DEL NUEVO TESTAMENTO.

Filadelfios (1) da á conocer claramente el Evangelio, los apóstoles y profetas, como componiendo todo el cuerpo de las Escrituras: *Recorramos al Evangelio como al cuerpo de Jesucristo, y á todos los apóstoles: miremos las epístolas de estos varones santos como el sermón eclesiástico: amemos tambien á los profetas, ó á los libros del Antiguo Testamento*. Tertuliano (2) atestigua que tambien en su tiempo se conservaban en algunas partes los originales de las cartas de los apóstoles: *Authenticæ ipsæ litteræ apostolorum sonantes vocem, et repræsentantes faciem uniuscujusque*.

En Eusebio se lee (3) que Pantene, filósofo cristiano que enseñaba en Alejandria hácia el año de 184 de Jesucristo, encontró en las Indias un evangelio hebreo de S. Mateo, que se decia haber llevado allá S. Bartolomé. S. Gerónimo y Rufino dicen que Pantene llevó este ejemplar á Alejandria. Tambien asegura S. Gerónimo (4) que el texto hebreo de S. Mateo se conservaba en la biblioteca de Pánfilo en Cesarea de Filipo: lo cual prueba haberse transportado allí de Alejandria, una vez que este fué original tambien, y el de Cesarea no fué mas que una simple copia. En Efeso desde el tiempo de S. Pedro de Alejandria, es decir, al fin del siglo tercero, ó al principio del cuarto, existia igualmente un ejemplar original del Evangelio de S. Juan, escrito de mano de este apóstol, y tenido allí en grandísima veneracion (5). Nada dirémos en este lugar de aquel que se conserva en Venecia como original de S. Marcos, porque bastante hablaremos en el prefacio sobre este evangelista. El año 488 se encontró en la isla de Chipre sobre el pecho de S. Bernabé un ejemplar del Evangelio, escrito, segun se decia, de mano del mismo santo (6) sobre una madera dura y preciosa; el cual se conservó mucho tiempo en Constantinopla, y allí mismo se leia todos los años el jueves santo.

He aquí mas de lo que hemos menester para cerrar la boca á los que pretenden, ó haberse formado el cánon de los libros sagrados del Nuevo Testamento mucho ántes del segundo siglo, ó quieren que el número de los Evangelios y epístolas se fijara y determinara mucho despues. Aunque en los primeros siglos de la Iglesia corrieron muchos libros falsos, apócrifos, forjados y corrompidos por los hereges, es indubitable que el número de los libros canónicos y auténticos fué siempre visto con toda distincion y separacion.

El texto original de los libros del Nuevo Testamento es el griego. El Evangelio de S. Mateo al principio se escribió en hebreo (7) ó en siríaco, que era entonces el idioma vulgar de la Palestina; pero muy luego se tradujo en griego. El texto original hebreo todavia se conservaba en el tiempo de S. Epifanio y de S. Gerónimo; pero despues se perdió enteramente. Las alteraciones que en él hicieron los ebionitas y otros hereges antiguos, fueron la causa del abandono y desprecio que padeció en la antigüedad. La traduccion griega que tenemos, y que hoy dia pasa por original es muy anti-

17.  
Texto original de los libros del Nuevo Testamento.

(1) Ignat. ad Philadelph. — (2) Tertull. de Præscript. cap. 36. — (3) Euseb. Hist. eccl. lib. v. cap. 10. — (4) Hieronym. Catalog. Script. Eccl. c. 3. — (5) Fragment. MS. Petri Alex. de Paschate, apud Petav. — (6) Vide Teodor. Lect. lib. ii. pag. 557. edit. Yn. les. Surium vita S. Matth. xi. Junii. — (7) Papias, apud Euseb. lib. iii. cap. 39. Hist. eccl. Irenæe. Origen. Euseb. Cyrill. Jerosolym. Epiphani. Hieronym. citi.



gida, y unos la atribuyen á Santiago (1), y otros á S. Juan (2). La version latina, que no es ménos antigua, es de un autor desconocido, pero exacta y fiel.

Algunos (3) pensaron que S. Marcos escribió en latín su Evangelio; pero no ha tenido séquito esta opinion. Otros (4) han querido decir que la carta á los Hebreos en el principio se escribió en hebreo, y después se tradujo en griego; pero no hay prueba alguna de ello, pues nadie la ha leído mas que en griego. Como los autores que escribieron los libros del Nuevo Testamento eran judíos de origen, y acostumbrados desde su juventud á la lengua hebrea ó siríaca, su estilo es muy conforme á estos idiomas, y carece por lo mismo de la hermosura y elegancia que desde luego se percibe en los escritores griegos de aquel tiempo. Ni S. Lucas está exento de estos defectos, sin embargo de ser el que habla con mas pureza. Pero la grandeza é importancia de estas cosas hacen que se disimulen fácilmente esas faltas. Son tanto mas admirables los efectos de la predicación evangélica, cuanto ménos hay de sabiduría y elocuencia humana: *Non in doctis humanæ sapientiæ verbis, sed in doctrina spiritus* (5).

Como el Evangelio se extendió prontísimamente por diversas partes del mundo, con la misma prontitud se hicieron versiones en diferentes idiomas. Eusebio (6) dice que en su tiempo, es decir en el siglo cuarto, ya estaba traducido el Evangelio en todos idiomas, escrituras y caracteres, de modo que se había extendido por todas las naciones. Pero como de todas las lenguas la latina y siríaca sean después de la griega las mas comunes, es muy creíble que en estas lenguas se hicieron las primeras versiones del Nuevo Testamento.

Los Siros están persuadidos de que la version siríaca del Nuevo Testamento es del tiempo del rey Abgar, quien envió, se dice, una embajada á Jesucristo ofreciéndole un retiro en su ciudad de Edesa. S. Tadeo enviado á este príncipe por Jesucristo, trabajó en esta version. Pero tanto la embajada de Abgar á Jesucristo, como la deputation de S. Tadeo de parte de Jesucristo á este príncipe, se reputan muy inciertas, por no decir otra cosa. Por tanto, todo lo que no es una consecuencia de esto, queda en el mismo grado de incertidumbre. Valton, sin entrar en el exámen de este hecho, cree que esta version es de los tiempos apostólicos, y su principal fundamento es que ni la segunda epístola de S. Pedro, ni la segunda de S. Juan, ni la de S. Judas, ni el Apocalipsis se encuentran en sus libros; lo cual hace pensar que su version fué hecha antes que estas cuatro piezas fueran admitidas en el cánón; pero los Siros seguramente las creen canónicas, y en siríaco las conservan como lo demas del Nuevo Testamento. Valton tambien las hizo imprimir en su poliglota; y si en algunas biblias siríacas no se hallan, es porque estas cartas son muy raras y ménos usadas que los otros libros del Nuevo Testamento.

(1) *Synops. S. Script. seu Author. addition. in fine Synops.* Lo cual puede significar, que Santiago lo explicaba á los fieles.—(2) *Theophyl. Ex fana tantum.*—(3) *Ita Syr. Arab. MS. quidam Graeci. Baron. Selden.* Vease el prefacio puesto en el principio del Evangelio de S. Marcos.—(4) *Clem. Alex. apud Buseb. Hist. eccl. lib. vi. cap. 14. Hier. n. Catalog. voce Paul. Vide et Theodoret. &c.*—(5) *1. Cor. n. 13.*—(6) *Ev. sed. in Isai. xlv. 20.*

V.  
Versiones de los libros del Nuevo Testamento.

VI.  
Version siríaca.

Algunos atribuyen esta version á Tomas, obispo de Heraclea; pero este cuando mas solo fué revisor y corrector; pues ella subsistia muchos siglos ántes que Tomas fuese á Egipto para corregir los ejemplares siríacos por los ejemplares griegos del monasterio de S. Antonio. Desde este tiempo han acostumbrado los Siros corregir sus ejemplares por los de Tomas, que entre ellos son tenidos por los mejores (1).

Algunos siros [2] han pretendido que S. Marcos Evangelista, habiendo escrito primero en latín su Evangelio, lo tradujera en el hebreo vulgar de aquel tiempo, esto es, en siríaco, y pudiese después en el mismo idioma los otros libros del Nuevo Testamento. M. Simon [3] ha creído que la version siríaca no se hizo ni en Antioquia ni en la Siria propiamente tal, donde era muy comun el griego, sino mas allá del Eufrates, donde únicamente se hablaba el siríaco. No es conveniente esta conjetura, pues aunque fuese comun el griego en Antioquia y en las grandes ciudades del país, no había inconveniente para que tambien se hablara el siríaco especialmente en la aldea. En este mismo país escribieron en siríaco S. Efreñ en el cuarto siglo, y Moise Bar-Cefa en el décimo, y vemos en los concilios muchos obispos que no entendían otro idioma que el siríaco.

Vidmanstad y Fabricio son de sentir que el Evangelio de S. Mateo se conserva original entre los Siros; y á la verdad qué necesidad había para traducirlo en siríaco, cuando desde su origen estaba en este idioma! Pero para convencerse de que la version siríaca de S. Mateo se hizo sobre el griego, bastará compararla con el original en esta lengua: desde luego se hecha de ver el frasismo griego en toda la version, aun con los defectos propios de esta lengua; y es preciso que el ejemplar griego sobre que se hizo sea de los mas antiguos, copiado ántes que se introdujera el uso de poner acentos sobre las vocales, y escrito en letras mayúsculas, en las que no están bien separadas las letras; porque en el siríaco se notan faltas provenientes únicamente del diverso modo de leer, acentuar, puntuar, y separar en el griego las palabras [4].

Hay tambien otra cosa muy notable, y es, que el siríaco es enteramente conforme al griego que siguió el autor de la Vulgata; de manera que él se encuentra con ella en todos aquellos lugares en que ella se aparta del griego impreso ó de los manuscritos. Tanta es esta conformidad, que por ella sospechó al principio M. Mille (5) que el siríaco se había formado sobre la version latina; pero examinado mejor el punto, reconoció que era insostenible su conjetura.

La version latina del Nuevo Testamento es casi tan antigua como los mismos originales; se hizo en los tiempos apostólicos; pero con precision no se sabe cuando ni por quien. Estando el imperio romano muy extendido, y siendo en todo el muy comun la lengua latina, muchas personas emprendieron desde el principio hacer versiones de la Escritura. Bastábale á un hombre un corto conocimiento de la lengua griega y latina para que se atreviera á traducir algun libro del Nuevo Testamento. Esta era la causa de que se multiplica-

VII.  
Version latina.

[1] *Euseb. Renand. in addend. ad Biblioth. sacr. R. P. Jacobi le Long. pag. 659.*—[2] *Guillel. Postel. uti narrat Guido Fabric. Boderina. in praefat. tom. v. Bibl. Polyglott. Antwerp.*—[3] *Simon. Historia del Nuevo Testamento. p. 162.*—[4] *Veanso los prolegomenos de M. Mille. proteg. 1237 y sig.—[5] Mll. Proteg. 1219. 1250.*



casen tanto las versiones, que eran ya innumerables, como lo notó S. Agustín (1). Pueden contarse, dice este padre, los que tradujeron el Antiguo Testamento del hebreo al griego; pero no pueden numerarse los que tradujeron las Escrituras del griego al latín: *Qui Scripturas ex hebraica lingua in graecam transtulere, numerari possunt; latini autem interpretes nullo modo. Ut enim cuique primis fidei temporibus in manus venit codex graecus, ausus est interpretari.*

Por esta causa hubo tanta diversidad de lecciones en los ejemplares latinos (2), que obligó al Papa Dámaso á suplicar á S. Jerónimo, que hiciera una nueva version. Entre las versiones antiguas la mas autorizada y con mas generalidad recibida es la *Itálica* (3), llamada tambien la *Comun*, la *Vulgata* (4), ó la *Antigua* (5) que es la mas exacta y expresiva: *Verborum tenacior, cum perspicuitate sententiae* (6). Despues de la version de S. Jerónimo se han recogido algunos fragmentos ó libros, como el Evangelio de S. Mateo, la Epistola de Santiago, Job, los Salmos y algunos otros que se han publicado en la nueva edicion de S. Jerónimo y en un pequeño volumen por separado. Es de esperar que se encuentre la antigua Vulgata de todo el Nuevo Testamento despues del descubrimiento que hemos hecho del manuscrito de Corbie, que contiene indubitablemente los cuatro Evangelios de esta antigua version. Nobilio intentó restablecer la antigua Vulgata en su edicion romana; pero como los padres de quienes tomó muchos fragmentos, citaban frecuentemente de memoria esta version, no hay seguridad alguna de que en esta obra esté completa la verdadera antigua Vulgata. Posteriormente el abate Sabatier, benedictino, colectó y publicó cuanto pudo encontrar de esta antigua Vulgata, así de lo que pertenece al Antiguo como al Nuevo Testamento.

Cuando dice S. Jerónimo (7) que tradujo el Nuevo Testamento: *Novum Testamentum graecae reddidi auctoritati*, no se debe pensar que concluyera esta version con tal novedad, que nada quedara de la antigua. El mismo nos advierte (8) que hizo las ménos mutaciones que pudo, y conservó en cuanto le fué posible los modos antiguos de hablar; advertencia que no contribuyó poco para que por toda la Iglesia se recibiera su traduccion, y se olvidara la antigua. Permanecen sin embargo muchos monumentos de la antigua Itálica así en la Vulgata que tenemos hoy, como en los padres y manuscritos, tales como el de Clermont y de S. German-des-Pres, griego y latino, para discernir lo que es del intérprete antiguo de lo que nos viene de S. Jerónimo.

M. Mille nota que el intérprete latino de S. Mateo era fiel y exacto hasta tocar en escriptuloso; de manera que frecuentemente sin perdonar el trabajo de la gramática, expresaba en su texto el caso, el género y régimen de los nombres y verbos griegos. Es de opinion de que el intérprete latino de S. Marcos es diferen-

(1) Aug. lib. ii. cap. 11. de Doctr. Christ.—(2) Hieron. praef. in quatuor evangel. Tot enim sunt exemplaria, pene, quot codices.—(3) Aug. l. ii. de Doctr. Christ. c. 15.—(4) Hieron. in Isai. xix. et xlix.—(5) Gregor. Magn. praef. Moral.—(6) Aug. de Doctr. Christ. l. ii. c. 15.—(7) Hieron. ad Lucianum, ep. olim. 28. nunc 53. novae edit. (8) Hieron. praef. in quatuor Evang. ad Damas. Ita calamo temperavimus, ut his tantum quae sensum videbantur mutare correctis, reliqua monere poterimus et fuerant.

te del de S. Mateo; porque se sirve de diversos términos para declarar una misma cosa, y porque algunas veces conserva mejor la fuerza de las voces griegas. Por estas razones juzga, que el intérprete de S. Lucas es distinto tambien de los dos primeros y de el de S. Juan; pero temo que sea una pura sutileza esta critica. ¡Qué traductor latino habrá que sea siempre uniforme en el uso de unas mismas palabras, y cuyo estilo sea igual, teniendo que traducir literalmente autores de estilo y gusto diferentes del suyo, por ejemplo de S. Mateo, S. Lucas y S. Juan!

No están todos de acuerdo sobre si la version arábica del Nuevo Testamento se hizo sobre el texto griego ó sobre el siríaco. M. Simon (1) es de sentir que está hecha sobre el siríaco; Badvel y Valton, sobre el griego (2). M. Mille (3) que con exactitud ha comparado la version siríaca y árabe con el texto griego, muestra muy bien que la árabe no está formada sobre el siríaco, pues se aparta de él en muchas partes, y principalmente en el modo de leer los nombres propios de lugar, de ciudad y de provincia. Erpenio (4) cree que los cuatro evangelistas los tradujo del griego en árabe un Nesulaman, hijo de Azalekat, y lo demas del Nuevo Testamento fué traducido sobre el siríaco por un autor desconocido; opinion que han seguido algunos otros sabios.

La version etiopiana del Nuevo Testamento está hecha sobre un ejemplar griego alejandrino muy exacto (5), aunque el traductor no fué muy feliz en expresar la fuerza del griego, sea porque no lo entendió con perfeccion, ó sea porque no cuidó mucho de ello. El diverso estilo que se nota en diferentes libros del Nuevo Testamento, da motivo para juzgar que la version de toda la obra no es de un solo autor (6). En lo general, la version de los cuatro evangelistas es mas fiel y correcta que la de los otros libros, en los cuales el traductor se tomó algunas veces la libertad de comentar. Tambien se notan de cuando en cuando algunos huecos que los editores se han visto precisados á llenar recurriendo á los ejemplares griegos ó latinos.

Se ignora el tiempo y el autor de esta version. Es muy creíble haberse hecho al principio de la conversion de los Etiopes, acaecida segun unos en el cuarto siglo en tiempo de S. Atanasio, ó segun otros en la mitad del sexto en tiempo del emperador Justiniano. Algunos atribuyen esta version á los monjes que envió Frumencio á los Etiopes nuevamente convertidos (7), y otros al mismo Frumencio. Se nota en esta version una grandísima conformidad con el antiquísimo manuscrito alejandrino que hoy dia se conserva en Inglaterra, pues en ella se ven defectos que no pueden venir mas que de dicho manuscrito ú otro semejante.

M. el abate Renaudot (8) no está muy persuadido de la grande antigüedad que se atribuye á las versiones etiopes. Créese que son tomadas de las versiones coptas ó egipcias, las cuales están hechas

VIII.  
Version  
árabe.

IX.  
Version e.  
tiopiana copt.  
ta ó egipcia.

(1) M. Simon, Hist. crit. del Nuevo Testamento, c. 18.—(2) Badvel in ep. i. Joan. ad calcem. Valton. Prolegom. c. 14. num. 23.—(3) Mille. Prolegom. 1295.—(4) Erpenius. praefat. in N. T. Arab. editum. Leid. 1616.—(5) Mille. Prolegom. 1472.—(6) Idem, Prolegom. 1188.—(7) Vide Ludolf. Hist. Aethiop. l. iii. c. 4. et ep. ad Hattinger. et Hattinger. Dissert. 3. de Translatione Bibl. in ling. vernac.—(8) In addend. ad Biblioth. sacr. P. le Long, p. 666.



sobre manuscritos antiguos de Egipto, de donde nace la conformidad que se nota entre la etiope y el manuscrito alejandrino. Por lo demás conviene observar que la lengua etiope en que se hizo esta version, no es la que en el día de hoy hablan comunmente estos pueblos, sino una mas antigua, al presente inusitada (1), que los etiope hablaban antes de haber dejado la ciudad de Axum.

La version copta ó egipcia nunca se ha impreso, aunque lo merecia con mas razon que otras orientales que han visto la luz pública, como la árabe y la persa, no siendo esta última mas que una version de otra version. La copta se formó sobre antiguos y excelentes manuscritos. M. Mille en su edicion del Nuevo Testamento nos muestra muchas variedades de lecciones sacadas de ejemplares coptos por el empeño de M. Marechal, y ya se habian impreso otras muchas en el Nuevo Testamento de Oxford del año 1675.

Algunos creen (2) que desde los tiempos de S. Antonio, es decir al principio del siglo cuarto ó fin del tercero, existia ya una version egipcia, supuesto que este santo que solo entendia el egipcio (3), sabia de memoria una gran parte de la Escritura, y con mucha oportunidad la aplicaba en sus discursos. El P. Kircher (4) es de parecer que los libros santos comenzaron á traducirse en lengua copta hácia la mitad del cuarto siglo. Su prueba es, que en un antiguo martirologio copto se lee, que en ese tiempo era la principal ocupacion de los monges traducir en lengua copta los sagrados libros que estaban en griego, en hebreo y en caldeo. M. Pik (5) fija las traducciones coptas hácia el siglo octavo ó poco ántes. La copta es la lengua matriz y primitiva, y ella es el antiguo idioma egipcio, aunque alterado.

Hay dos versiones persas: una mas reciente hecha sobre el griego, traducida é impresa por el cuidado de Abraham Veeloch, profesor del árabe en Cambridge, y la otra mas antigua y mejor hecha sobre el siriano, é impresa en la poliglota de Valton (6). Esta es mas fiel, aunque algunas veces se aparta del texto, y agrega glosas poco necesarias.

Los Armenios pretenden que la version de la Escritura en su lengua sea del tiempo de S. Juan Crisóstomo [7]. Se la atribuyen á dos hombres, el uno llamado Moises el gramático, y el otro David el filósofo. Está trabajada enteramente sobre el griego, así por lo perteneciente al Antiguo Testamento como en lo que toca al Nuevo. El año 1666 se imprimió en Amberes y despues en otras muchas partes.

Algunos (8) atribuyeron esta version á S. Juan Crisóstomo, quien la trabajo, dicen, durante su destierro en Cucusa. Otros asientan (9) que el bienaventurado Mesropas, deseando dar á su nacion una traduccion de la Escritura en lengua armenia, envió en el reinado

(1) Ludolf. *Hist. Æthiop.* l. 1. c. 15. n. 6. 10. 11. 20.—(2) Vide Jacob. le Long, *Bibl. sacr. t. 1. c. 2. sect. 9.*—(3) Pallad. *Hist. Lausiac.* c. 26.—(4) Kircher *Prodrom. Copt.* c. 8. *Ita et Simon Disyus. crit. de variis Bibl. edit. c. 21.—(5) Pik, Epist. ad V. Cl. Mill. Prolegom. ad Novum Test.—(6) Vide Mill. Prolegom. in N. T. G. Prolegom. 1393.—(7) Uccam, obispo de Armenia en casa de M. Simon. *Hist. crit. del V. T. N. n. c. 16.*—(8) Georg. Alex. *qui claruit an. 620. et post eum Sixt. Sen. l. vi.—(9) Autor vitæ S. Mesrop. apud P. le Long, Bibl. sacr. c. 2. sect. 8 p. 230.**

X.  
Versiones  
persa y ar-  
menia.

de Teodosio el joven, dos discípulos suyos, Eznard y José, á Edesa, para que allí la trabajaran, y ellos tradujeron los libros santos sobre el siriano; pero esta asercion no es mejor fundada que la antecedente. Es constante que la version armenia está formada sobre el griego (1), aunque se ignora su autor.

El autor de la version gótica es Ulfilas, obispo de los Godos (2), que vivia hácia el año 300 de Jesucristo. Sócrates, Sozomeno y Filostorgo dicen que inventó los caracteres góticos, los comunicó á su nacion, y tradujo en su lengua toda la Escritura, ménos los libros de los Reyes: porque estando, se dice, estos libros llenos de historias de guerras y combates, temia que su nacion que era muy belicosa, se encendiese y se inclinase mas á la guerra.

Esta version se perdió enteramente por mucho tiempo, hasta que se encontraron algunos fragmentos en un manuscrito de la abadía de Verdun cerca de Colonia. Estaba escrito este manuscrito en un antiquísimo pergamino, siendo de plata las letras del cuerpo de la escritura y de oro las iniciales, por lo cual tenia el nombre de *Código de plata*. Cayó este raro monumento en poder de M. de la Gardie, cañeller de Suecia, que lo compró en quinientos ducados. A Francisco Junio le permitió sacar una copia, que hizo imprimir en 1665 con las notas de M. Marechal y un lexicon para su inteligencia.

Ulfilas era arriano; pero sea que él emprendiese esta version ántes de caer en el arrianismo, sea que la buena fe que ostentaba, ó sea que el temor de ser convencido de falsedad lo contuviese, lo cierto es, que los pasages mas fuertes contra esta heresia se hallan muy bien expresados en su traduccion. Un solo lugar hay del capítulo xiii de S. Juan que podría hacerlo sospechoso; pero comparando este pasage con otros del mismo traductor, queda enteramente justificado de mala fe. Siguió este autor un original griego antiguo y muy correcto, y lo tradujo con tal fidelidad, que hizo muy sensible la pérdida del resto de un monumento tan precioso.

La mayor utilidad que ha podido sacarse de estas versiones, es el saber por su medio el modo de leer los ejemplares antiguos sobre que ellas se hicieron: por lo demás en el día se sabe el griego tan bien como lo sabian los traductores antiguos; y es de presumir que en este particular no ceden nuestros modernos. No todos convienen en la verdadera y antigua leccion de los originales griegos, por la variedad que en esta lengua tienen al presente dichos originales, siendo muy conveniente saber cómo leian los antiguos, para fijar de este modo la leccion de nuestros ejemplares.

Nada diremos en este lugar de las traducciones modernas latinas, ó de las que se han hecho en lengua vulgar; esto nos desviaría de nuestro asunto sin sermos de grande utilidad.

(1) Mill. *Proleg.* 1402.—(2) Vide Mill. *Proleg.* 1396 et *praefat. in Novum. Test. goth.*

XI.  
Version gó-  
tica.

XII.  
Utilidad de  
estas versio-  
nes.



## PREFACIO

SOBRE

### LOS SANTOS EVANGELIOS.

I.  
Excoelencia  
de los santos  
Evangelios  
entre los li-  
bros del Nue-  
vo Testamen-  
to.

SIENDO el Nuevo Testamento el que aclara y explica el Antiguo, y siendo uno mismo el Espíritu que ha hablado en ambos, ha guardado este Espíritu divino la misma economía en los libros que lo componen, y que él ha dictado. En el Antiguo Testamento hay libros de la ley, históricos, sapienciales y profetas; y tenemos igualmente en los santos Evangelios la ley, en los Hechos apostólicos la historia, la sabiduría y moral en las epístolas, y la profecía finalmente en el Apocalipsis de S. Juan. Mas entre estos libros divinos hay tal relacion, que así como los de Moises, que comprenden la ley de los Judios tienen el primer lugar en el Antiguo Testamento, así tambien los cuatro Evangelios que contienen la ley de los Cristianos se han mirado siempre, y con razon, como los mas excelentes entre los libros del Nuevo Testamento, y como el fundamento de los demas.

Es indubitable que estos últimos son de grandísima utilidad, pues las epístolas de los apóstoles explican del modo mas santo y elevado los misterios de nuestra fe; el Apocalipsis por sus predicciones y promesas, nutre y sustenta la esperanza de los fieles; y los Hechos de los apóstoles hacen ver en los primeros hijos de la Iglesia una caridad fervorosa que no hacia de todos ellos sino una sola alma y un solo corazón. El Evangelio no solamente nos es útil, sino necesario: porque es cierto que la vida cristiana, sin la cual nadie espere salvarse, debe formarse sobre los preceptos y sobre la misma vida de Jesucristo; y es evidente que sin el Evangelio ningún conocimiento tendríamos de la vida de este divino Salvador, ni de las instrucciones que dió á los hombres.

Esta es la razon porque entre los primeros cristianos que estaban criados en el respeto y amor particular al Evangelio, cuyo precio conocer, habia algunos que lo traian continuamente sobre su corazón: otros llevaban una parte pendiente del cuello: y hubo tambien algunos que no resolviéndose á separarse de él ni aun en la muerte, determinaron llevarlo consigo hasta el túmulo. No contentos con haberlo hecho su compañero inseparable en todas sus peregrinaciones en la tierra, querian sepultarse con él, y que en el silencio y tinieblas del sepulcro fuese, por decirlo así, el testigo de su esperanza, así como es la base y fundamento de la de todos los cristianos.

Finalmente, sabemos el aprecio y veneracion debida al libro de los santos Evangelios, por la costumbre que siempre se ha observado, de colocarlos sobre un trono en medio de la Iglesia congregada en los concilios, y por la que aun el día de hoy se observa en

las grandes iglesias, donde lo conducen con magestad y pompa al lugar destinado para leerlo al pueblo en medio de los sagrados misterios. La razon de la primera costumbre justifica la segunda; pues como nota S. Clemente Alejandrino, el Evangelio nos representa al mismo Jesucristo como presente en los misterios y en todas las acciones de su vida, y se oirán hasta el último día de los siglos sus palabras en las instrucciones divinas que dió á toda su Iglesia.

Es indispensable concebir la mas alta idea de este libro, aun quando solo se considere como historia de la vida, acciones y sufrimientos del Salvador del mundo, y como el fundamento de la religion cristiana que vino á establecer en la tierra. Se puede mirar mas particularmente como el libro de los Cristianos, y el libro de los hijos de Dios. Por él conocen su adopcion divina y nuevo nacimiento en Jesucristo. En él descubren los derechos y prerogativas de este nacimiento celestial: aprenden la santidad y sus obligaciones, y en él deben estudiar las leyes y máximas sobre las cuales deben formar sus costumbres y arreglar su vida, para no hacerse indignos de esta augusta cualidad que no tiene semejante sobre la tierra. Este es el título original que encierra la promesa y la prenda de la herencia del cielo, el pacto de la nueva alianza entre Dios y el hombre, y el código divino, por decirlo así, donde están escritas las leyes fundamentales del reino de Dios. Es, como lo llama S. Pablo, el *Evangelio de la salud* (1), que nos manifiesta cómo Dios nos ha predestinado en Jesucristo para una vida inmortal: cómo nos dió á su Hijo por la encarnacion: cómo este Hijo ha obrado en la tierra nuestra salud por los misterios de su vida y de su muerte; y cómo finalmente, nos ha ungido, marcado y sellado con el sello de su Santo Espíritu, poniéndolo en nuestros corazones, para grabar sobre ellos su ley, para hacernos amarla, cumplirla, y tener la seguridad y la prenda de la gloria que nos está reservada en el cielo.

Por lo dicho es bien juzgar, que una de las mas justas y legítimas inclinaciones de un cristiano hijo de Dios y miembro de Jesucristo, es la que lo estimula á leer el Evangelio. Puede decirse que es un instinto que le da el Espíritu de Dios desde el bautismo, y que le hace poner en este libro divino sus mayores delicias, siempre que el amor de las cosas del mundo y la violencia de las pasiones no lo sufocan en su corazón, fijándolo á los bienes sensibles, por los cuales se disgusta de lo que le anuncia el Evangelio. Tambien se ve que á medida que el amor de estas cosas divinas se renueva en el corazón, se ve renacer en él el gusto de la palabra evangélica; y que este gusto se pierde proporcionalmente, segun que el corazón se desvia de la santidad del cristianismo, y no vive segun el espíritu de la adopcion divina: pudiéndose aplicar justisimamente á los hijos del siglo lo que Jesucristo dijo á los Judios que se gloriaban de ser hijos de Dios: *El que es hijo de Dios, oye sus palabras; y por eso vosotros no las escuchais, porque no sois hijos de Dios* (2).

No es solamente una inclinacion de los hijos el querer escuchar á sus padres y ser instruidos por su misma boca; sino que es

II.  
Cuán recomendable debe ser á los cristianos la lectura del Evangelio.

(1) Ephes. 1. 13.—(2) Joan. vii. 47.  
TOM. XIX.



una obligacion de los padres instruir personalmente á sus hijos y hacerlos escuchar su voz: es un derecho que Dios siempre se ha conservado, y del que se ha mostrado coloso en todas las edades y estados de la religion; derecho devolutivo, por decirlo así, propio de Jesucristo como Hijo de Dios por la encarnacion, y como fundador y universal sacerdote de la Iglesia cristiana. Queriendo el apóstol S. Pablo recomendar la grandeza y excelencia de la religion cristiana con un magnífico elogio, no creyó encontrar un principio mas grandioso que estas palabras: *Dios nos ha hablado por su Hijo* (1), y el Señor es por quien se nos ha anunciado la salud (2). Es decir, que Dios ha querido tratar con nosotros y hacernos saber su voluntad, no por medio de un profeta, ni por Moises, ni por un ángel, sino por su mismo Hijo. Este es el gran profeta de la Iglesia cristiana, el legislador de la nueva ley, el ángel de la alianza eterna, el doctor de la justicia, que personalmente vino á enseñar sus caminos á la Iglesia, no hablándola por inspiraciones secretas, palabras confusas, signos oscuros, figuras enigmáticas ó por sueños misteriosos; sino hablándola por su propia boca, como un amigo á su amigo, como un hermano á su hermano, como un padre á sus hijos, y como un maestro á sus discípulos.

Pero á fin de que este favor y beneficio no se limitara únicamente á los que lo vieron y oyeron mientras vivió en la tierra, Dios encontró un medio por el cual estuviéramos presentes á la persona encarnada de su Hijo con todos los misterios de su vida y de su muerte, y á las instrucciones divinas que dió á sus discípulos; pues su persona y cuerpo adorable se encuentran en el sacramento de la Eucaristia, y su vida y palabras en el libro de los santos Evangelios. Los santos padres no han tenido dificultad en comparar estos dos celestiales dones que Dios hizo á su Iglesia; y el incomparable autor del libro de la Imitacion de Jesucristo, tan ilustrado en la ciencia de la salvacion, sin embarzarse declaró abiertamente la vehemente inclinacion de su corazon hácia estos dos objetos. „Siento, dice este santo hombre, que dos cosas me son tan necesarias, que si me faltaran me seria insupportable la vida. Encerrado en la cárcel de este cuerpo, necesito alimento y luz. Vos me dais vuestra carne sagrada para sustento de mi alma y de mi cuerpo, y me dais vuestra palabra para antorcha que ilumine mis pasos. No, no podría yo subsistir sin estas dos cosas, porque vuestra palabra es la luz de mi alma, y nuestro sacramento el pan con que ella vive (3).”

No será difícil entrar en los sentimientos de este excelente maestro de la piedad cristiana, considerando que el Evangelio contiene la ciencia del Salvador y de la salvacion. Pero como ni uno ni otro pueden conocerse bien, si no se conoce el hombre corrompido y su corrupcion por el pecado, puede decirse tambien que el Evangelio es una viva imágen de aquellos dos hombres en quienes se encierra de alguna manera todo el género humano, como se explica S. Agustín (4): *Ut totum genus humanum quodammodo sint homines duo, primus et secundus*. Todo el género humano, dice este

III.  
Instrucciones  
conteni-  
das en los  
santos Evan-  
gelios.

padre, puede reducirse á dos hombres, que son primero y segundo. Pertenecen al primero los que nacieron de él; y al segundo los que en él son reengendrados. Estos son los hombres que debemos conocer por el Evangelio. El hombre Dios anonadado por nosotros, objeto grande de nuestra fe, de nuestro amor y confianza; y el hombre pecador que llevamos en nosotros mismos, y que debe ser el objeto de nuestra confusion, de nuestro temor y aborrecimiento, como heredero que es de la iniquidad y soberbia de Adán.

No puede abrirse el Evangelio sin que se nos presente el retrato de este hombre de pecado, principio de todas cuantas desobediencias cometemos contra la ley de Dios. En él vemos dos clases de pinturas, una enigmática y en figuras, y otra sencilla y natural. La primera que es la enigmática, la tenemos simbolizada en los diversos males y enfermedades sobre las cuales se dignó ejercer Jesucristo su misericordia y poder, curando á los que estaban tocados de ellas. Porque los santos padres nos enseñan, que cuando nuestro Salvador ha dispensado estos beneficios á los enfermos que ha sanado, á los muertos que ha resucitado y á los poseídos que ha libertado del poder del demonio, lo ha hecho de modo que al tiempo que daba pruebas evidentes de su divinidad con estos maravillosos efectos de su soberano poder, hacia conocer á los pecadores las diferentes llagas de que adolecian sus almas por el pecado de Adán, la muerte de alma y cuerpo que es la pena, y la deplorable esclavitud en que nacemos bajo el imperio de Satanas. Este poder que el Salvador ejercia sobre los cuerpos era solamente una figura y preñudio del que habia venido á emplear en favor de las almas, librándolas de la tirania del demonio, de la muerte del pecado, y de las dañosas consecuencias de estas enfermedades. Aquel, pues, que leyendo el Evangelio quiera hacerse cargo y conocer lo que es el hombre viejo, el hombre corrompido, el hijo de Adán, el pecador caído del feliz estado en que fué criado; mas claro: quien quiera conocerse á sí mismo, lo conseguirá observando las diversas enfermedades que describe el Evangelio. En el ciego de nacimiento y en todos los otros verá la ceguedad ó ignorancia con que nacemos con respecto á Dios y á nuestras obligaciones; en el paralítico, la impotencia voluntaria en que caimos por el pecado, no haciendo lo que á Dios agrada en orden á nuestra salvacion; en la fiebre ardiente de la suegra de S. Pedro, el ardor de la concupiscencia que abrasa nuestro corazon; en la que padecia el flujo de sangre, la costumbre de los vicios carnales; en el sordo y mudo, la sordera de corazon en orden á Dios no queriendo oír su voz, y el injusto silencio en que vive no confesando sus miserias, ni pagando el tributo que se debe al Criador; en el hidrópico, la avaricia y codicia de los falsos bienes, cuya abundancia no hace otra cosa que aumentar la sed y causar la hinchazon del corazon, que es el vicio de los ricos; y así de lo demás.

Pero el segundo retrato del hombre viejo, es decir, de los vicios é inclinaciones corrompidas que siempre dominan nuestro corazon, si la gracia de Dios no nos proviene con sus poderosos atractivos, lo encontramos en la conducta de los escribas y fariseos, en quienes la corrupcion del corazon humano se ostenta tal cual ella

(1) Hebr. 1. 2.—(2) Hebr. n. 3.—(3) De Imit. Christi, l. iv. c. 11, n. 4.—(4) Aug. cont. Jas. l. n. c. 163.



es, y en todo su vigor. No podemos ménos que indignarnos contra ellos, viendo su orgullo, su envidia, zelo, avaricia, hipocresía, vanidad, odio implacable contra quien les echaba en cara sus vicios, ceguera y dureza de corazón al ver los milagros de Jesucristo, apego á la superstición, atentados contra la ley divina, inhumanidad y rabia contra cuantos se oponían á sus determinaciones; en una palabra, todos sus otros vicios y cuanta corrupcion ocultaban estos sépulos blanqueados bajo un exterior religioso y bajo una afectada exactitud en observar ciertas prácticas religiosas de la ley y todas las falsas tradiciones que ellos la habian añadido. Pero al horrorizarnos de la conducta farisaica, es menester que no nos honjeemos facilmente de estar muy lejos de parecernos á ellos, á lo ménos en algunas cosas. En nosotros mismos tenemos el principio de todos estos vicios; y si ellos no se hacen manifiestos con algunos efectos exteriores, quizá lo impiden otros crímenes que no tenían los fariseos. Finalmente, si las inclinaciones de los fariseos no se hallan en nosotros con el mismo grado de corrupcion y malicia que en ellos, tal vez tendremos, cuando ménos, bastante porque temer se pierda nuestra salvacion. Quizá no hay uno que por alguna parte no sea farisaico, y que no encuentre en su corazón algo de levadura de aquellos hipócritas. „Ay de nosotros! decía S. Gerónimo, ay de nosotros, qué miserables somos, porque á nosotros han pasado los vicios de los fariseos! *Vae nobis miseris, ad quos pharisaeorum vitia transierunt* (1)”. Esto hace que por espantosa que parezca la pintura que nos hace de ellos el Evangelio, siempre es muy provechosa á todos; y cada uno debe tomar para sí aquella advertencia del Salvador: *Guardaos de la levadura de los fariseos* (2).

Hablando ya del retrato del segundo hombre, este es Jesucristo, Salvador del mundo, gefe y modelo de los cristianos: es á quien todos los que se honran con este nombre glorioso deben estudiar con una aplicacion y empeño dignos del mismo de quien lo toman, y llevar tambien su imagen y semejanza. ¡En qué lugar del Evangelio no se hallará retratado, cuando el Evangelio no es mas que el mismo Jesucristo, que en su palabra aun todavía vive y respira: todavía está obrando los efectos de su omnipotencia divina, sufriendo las humillaciones y oprobios á que está sometido por la union con la humana naturaleza; y todavía está enseñando sobre la tierra las verdades del cielo, y formando para esta patria la Iglesia de los escogidos que viven como extrangeros en este mundo!

Yo creo que en esto aventajamos mucho á los que vieron á Jesucristo, fueron testigos de sus maravillas y oyeron las verdades que salian de su divina boca; pero cuán grande contrapeso encontraban en la enfermedad de su carne, en aquella vida comun, en aquellos oprobios y abatimientos á que se sujetaba: escándalo, que seguido del de verlo crucificado, todavía permanecía. Mas nosotros que al presente recibimos el Evangelio de Jesucristo sellado con la sangre de este hombre Dios, confirmado con su resurreccion y ascension gloriosa, con la mision y operaciones visibles de su Santo Espíritu, con el cumplimiento de las profecías y promesas, con la fe

(1) Hieron. in Matth. XIII. L. 4.—(2) Matth. xvi. 6. Marc. xiii. 15. Luc. xii. 1.

de tantos pueblos y sangre de tantos mártires que en todas partes han ofrecido con alegría su vida en defensa de este divino libro; nosotros igualmente que recibimos el Evangelio de Jesucristo de mano de su esposa la Iglesia católica; que es decir, de una Iglesia que lo recibió de Jesucristo, de sus apóstoles y sucesores, que de mano en mano por una continuada tradicion lo han transmitido hasta nosotros; de una Iglesia extendida en todas las naciones y en todos tiempos, establecida por milagros y fundada por la predicacion de esta palabra que el mundo entero recibió de boca de doce discípulos pobres, sin ciencia ni apoyo, que es el mayor de los milagros; nosotros, digo, á quienes se nos ha dado el Evangelio con este conjunto de circunstancias y auxilios, en lugar de quejarnos injusta é inútilmente por no haberlo oido de boca del Salvador, debemos darle gracias por habernos hecho nacer en un tiempo en que ya seria una grande y verdadera locura no mirarlo como palabra de Dios, siendo así que en otro tiempo era tenido aun por los gentiles é infieles como un don divino y como el instrumento de nuestra salud, sin estar entónces sostenido y fortificado con un escuadron de pruebas que manifiestan su divinidad.

Recibámoslo, pues, con veneracion y reconocimiento: léamoslo con amor y religion: coloquemos en él nuestras delicias, y usemos de él como de un libro escrito por el mismo Jesucristo; pues es indubitable que él es propiamente el autor de los santos Evangelios; y lejos de abrigar los sentimientos perniciosos y temerarios de ciertos escritores que se han atrevido á decir, que para que un libro histórico, tal como el Evangelio, sea canónico y divino, no es necesaria la inspiracion del Espíritu Santo; digamos mas bien con S. Agustin „que cuando los apóstoles y discípulos escribieron lo que hizo y enseñó Jesucristo, de ninguna manera se diga que no lo escribió Jesucristo, supuesto que nada formaron ellos como miembros suyos, que no se los hubiera él mismo manifestado y dictado. Cuante quiso que supiéramos de sus hechos y palabras, dice este padre, se los hizo escribir, y es como si él mismo las hubiera escrito (1).”

¡Qué consuelo para nuestra fe, tener un fundamento tan firme como este! ¡Qué gozo para nuestra esperanza, tener tanta seguridad de la verdad y de la certidumbre de las promesas que nos hace el Evangelio, como si al presente nos las hubiera hecho la misma Verdad encarnada! ¡Qué socorro para nuestra caridad, encontrar indefectiblemente en este libro adorable al Mediador sin el cual no podemos ser reconciliados con Dios! El es el camino por donde únicamente se puede ir á Dios; la sola guia que nos puede llevar á él; la luz, fuera de la cual todo es tinieblas; la victima en cuya sangre debemos lavarnos; el sacerdote eterno, siempre presente, y que siempre intercede por nosotros ante Dios; el maestro á quien debemos escuchar; el modelo á quien debe ajustarse nuestra vida; el ejemplo de todas las virtudes que deben asemejarnos á nuestro gefe; de una vez, el gefe adorable, que es como el principio de la vida, fe

(1) Aug. de cons. Evang. l. i. c. 35. Cum illi scripserunt, que ille ostendit et dixit, nequaquam dicendum est quod ipse non scripserit: quandoquidem membra ejus id operata sunt, quod dictante capite cognoverunt. Quidquid enim ille de suis facitis et dictis nos legere voluit, hoc scribendum illis tanquam suis manibus imperavit.



y espíritu de gracia de sus miembros, y como el soberano juez de vivos y muertos.

Jesucristo quiso que la historia de su vida y el compendio de la doctrina que dió á los hombres, llegase hasta nosotros por cuatro escritores diferentes, que son cuatro testigos, de los cuales dos, que son S. Mateo y S. Juan, refieren lo que vieron; y los otros dos, que son S. Marcos y S. Lucas, lo que oyeron y supieron. Todos cuatro obedecen el impulso del Espíritu de Jesucristo que les hace discernir la verdad que deben testificar, y él mismo les dictó las fieles expresiones del testimonio que deben dar. Muchos de los antiguos y también de los modernos han comparado los escritos de los cuatro evangelistas, y han pretendido formar un cuerpo de historia bajo el título de Concordia ó Harmonía. Mas como el texto de los Evangelistas no siempre conserva el mismo orden en los hechos que refieren, de ahí es que los que han intentado reunirlos hayan formado distintos sistemas. La Harmonía griega y latina compuesta por M. Thoynard, é impresa en Paris por Cramoisy en 1707, apareció á poco que D. Agustín Calmet ocupado en su Comentario se propuso dar una Harmonía francesa, y se adhirió al sistema de este sabio tomándolo por fundamento de la obra que meditaba; de suerte que la Harmonía francesa de Calmet casi es una pura traduccion de la Harmonía latina de M. Thoynard.

He dicho Harmonía latina, porque la griega y latina de este autor se distinguen en que la griega está compuesta de las mismas expresiones de los evangelistas; pero la Harmonía latina es solamente un sumario mas ó ménos extenso, en que el autor no siempre conservó las expresiones de los evangelistas. Tal es también la Harmonía francesa de D. Agustín Calmet. El sistema de M. Thoynard seguido por D. Agustín Calmet, consiste en que este autor adhiriéndose al orden que siguieron S. Marcos, S. Lucas y S. Juan, aproxima y reúne los textos de estos tres, y en el mismo orden separa el de S. Mateo; es decir, que no traspone texto alguno de S. Marcos, S. Lucas y S. Juan; y las trasposiciones que juzgó necesarias solamente se encuentran en el texto de S. Mateo, aunque esto no se hace sino desde el V 22 del cap. iv, hasta el V 13 del cap. xiv. de este evangelista. Supone también con bastante verisimilitud, que si en estos diez capítulos el texto de S. Mateo se aparta del orden que los otros tres evangelistas siguieron, pudo fácilmente provenir esto de alguna dislocación que hubiera en los manuscritos. Semejante dislocación se ha visto ya, por ejemplo, en el libro de Jeremías, donde sin duda está alterado el orden de los capítulos desde el xx hasta el xxxvii; de suerte que en estos diez y siete capítulos, once por lo ménos parecen estar fuera de su lugar, como lo hemos manifestado (1): muy bien, pues, podría haber una dislocación semejante en el Evangelio de S. Mateo. El fundamento que tuvo M. Thoynard para sospechar esta alteración, fue parecerle digno de admiración que el texto de S. Mateo se apartase tanto del orden que siguieron los otros tres evangelistas, y que S. Marcos que solo era como un compendiador de S. Mateo, se uniformase

(1) Prefacio sobre Jeremías.

perfectamente con S. Lucas y con S. Juan (1): *Ab aliorum evangelistarum ordine á capitis iv. Evangelii sui V 22 ad ejusdem Evangelii capitis xiv. V 13, plurimum discedit [Matthæus]. Quod sanè mirari subit, cum evangelista Marcus, ejus veluti epitomator cum Luca et Joanne aequo pede in iis omnibus narrandis decurrat, quæ apud Matthæum varie transposita leguntur.* Es muy difícil, añade este autor, el descubrir de dónde haya provenido esto, á ménos que no sea por alguna antiquísima alteración que haya en los ejemplares de S. Mateo: *Quod unde evenerit, nisi ex perturbatione aliqua, eaque antiquissima schedarum evangelistæ hujus, difficile est perspicere.*

Por otra parte, la trasposición que se halla en el Evangelio de S. Mateo, es ménos considerable que la que efectivamente se encuentra en el libro de Jeremías. Es mas natural que M. Thoynard no la haga notar, pues desde luego mostráremos que no hay cosa que nos obligue á extenderla desde el V 22 del cap. iv hasta el 13 del cap. xiv; y puede decirse que la dislocación solamente es desde el cap. iv hasta el fin del cap. xiii; y que en estos nueve capítulos tres y medio son los únicos que parecen estar fuera de su lugar: estos son los diez y siete primeros versos del cap. ix, y los capítulos xi, xii y xiii. Todo esto podrá verse en las notas que agregaremos á la Harmonía de D. Agustín Calmet, y en la tabla harmónica que pondremos al principio del prefacio sobre S. Mateo. En todo lo demás el texto de S. Mateo está perfectamente conforme con los textos de los otros tres evangelistas.

Es verdad que algunos intérpretes confunden algunos hechos y palabras que distingue M. Thoynard; pero también es cierto que en el Evangelio hay dobles pasajes que es menester no confundirlos. Las multiplicaciones de los panes son dos: una de cinco para cinco mil hombres, y la otra de siete para cuatro mil (2). Consta que Jesucristo echó del templo dos veces á lo ménos á los que cambiaban y comerciaban: la primera vez al principio de su ministerio público, segun el testimonio de S. Juan (3), y la segunda al fin; es decir, el día mismo de su entrada triunfante en Jerusalem, como dicen S. Mateo y S. Lucas (4). En esta suposición, no es extraño que M. Thoynard, por conservar el orden de los evangelistas, suponga que este suceso verificado ya dos veces, se ejecutara tercera vez, es decir, el día siguiente á la entrada en Jerusalem segun el testimonio de S. Marcos (5). Ni debe admirar que este hombre sabio suponga que el leproso, cuya curación pone S. Mateo despues del sermón del monte (6), sea diverso de aquel cuya curación ponen S. Marcos y S. Lucas con la del paralítico que se le presentó á Jesucristo en Cafarnaum (7).

Igualmente es cierto que ha repetido, á lo ménos dos veces Jesucristo, unas mismas palabras. Segun S. Mateo, en el sermón del monte dijo Jesucristo á sus discípulos, que si el ojo ó la mano les escandalizaba, se la echasen fuera y la cortasen (8); y en otra oca-

(1) *Thoynardis prolegomena ad Harmoniam, cap. 1.—(2) Matth. xiv. 14. et seqq. xv. 32. et seqq. xvi. 9. 10.—(3) Joan. ii. 13. et seqq.—(4) Matth. xxi. 12. et seqq. Luc. xiv. 45. 46.—(5) Marc. xi. 12. et seqq.—(6) Matth. viii. 1. et seqq.—(7) Marc. i. 40. et seqq. Luc. v. 12. et seqq.—(8) Matth. v. 29. 30.*



sion segun este mismo evangelista, repitió Jesucristo esta parábola (1). Segun S. Lucas dos ocasiones ordenó á sus discípulos que tomasen la cruz y le siguiesen (2); dos veces les declaró que el que quisiera salvar su vida, la perdería (3); dos veces dijo, que el que quisiera levantarse, sería abatido (4); y dos veces dijo, que al que ya tenía se le diera; y al que no tenía, se le quitara aun lo que se juzgara que tenía (5). Segun esto, no debe extrañarse que M. Thoynard distinga las palabras que otros confunden. En realidad no es menester trasponer el texto de los evangelistas por evitar repeticiones que se encuentran muy bien en la boca de Jesucristo.

En este lugar daremos la Harmonía francesa de D. Agustin Calmet, que hemos revisado sobre la Harmonía griega y latina de M. Thoynard, revision que nos ha hecho ver el cuidado con que Calmet trabajó esta pieza. Para aclararla mas, la hemos dividido en cinco partes, y forman la division las cuatro pascuas que despues de su bautismo celebró Jesucristo. Hemos conservado los sumarios que D. Agustin Calmet formó, y solamente hemos agregado los números que facilitan el uso de esta Harmonía. Calmet se contentó con poner bajo cada página las citas de los textos que reunia; y nosotros hemos añadido algunas notas, así para denotar la continuacion de los textos, cuando estaba interrumpida, como para justificar la distribucion, principalmente en lo perteneciente á los nueve ó diez capítulos de S. Mateo cuyo orden se ha mudado; y finalmente para aclarar las dificultades que algunas veces se encuentran en la conciliacion de las expresiones que emplearon los evangelistas. Por lo comun la distribucion de los textos está fundada sobre el mismo orden seguido por los evangelistas, así no hay para que detenernos en justificarla, siendo para esto suficientes las citas. Otras dificultades ménos visibles hay en la Harmonía, que no necesitan que sobre ellas digamos de antemano lo que tenemos que decir en las notas que uniremos con el texto. En cuanto á la cronología, D. Agustin Calmet sigue la opinion de M. Thoynard, que fija el nacimiento de Jesucristo tres años ántes de la era cristiana vulgar, es decir, el 25 de diciembre del año 4710 del periodo juliano. Tenemos oportunidad de examinar este punto de cronología, y hablaremos sobre él con extension en la disertacion que presentaremos sobre los años de Jesucristo (6). Creemos que la época de la era cristiana vulgar es la verdadera época del nacimiento de Jesucristo: que es decir, que en nuestro juicio el nacimiento debió ser el 25 de diciembre de 4713 del periodo juliano: expondremos nuestras pruebas, y responderemos los argumentos. Segun esta hipótesis sacamos por conclusion, que la concepcion de S. Juan Bautista que M. Thoynard y D. Agustin Calmet ponen en el año 4709 del periodo juliano, debe ser el año 4712: así lo hemos denotado al márgen de la Harmonía expresando allí mismo el parecer de Calmet, que es el mismo de M. Thoynard. En cuanto á la época del bautismo y muerte de Jesucristo, convenimos con D. Agustin Calmet y M. Thoynard en que Jesucristo se bautizó el 6 de enero del año 30 de la

(1) *Matth.* xviii. 9. — (2) *Luc.* ix. 23. xv. 27. — (3) *Ibid.* ix. 24. xvii. 33. — (4) *Ibid.* xv. 11. xviii. 14. — (5) *Ibid.* viii. 18. xix. 20. — (6) Se encontrará á continuacion de la Harmonía.

era vulgar, y murió en la cruz el 3 de abril del año 33. Nuestra cronología por tanto no difiere de la de los sres. Calmet y Thoynard sino desde la concepcion de S. Juan Bautista hasta el bautismo de Jesucristo, ó mas bien hasta el principio de la predicacion de S. Juan Bautista en el año 28 de la era cristiana vulgar, porque sobre este punto convenimos con D. Agustin Calmet y M. Thoynard. En cuanto á la pascua que concurrió con la muerte de Jesucristo, Calmet sigue la opinion de M. Thoynard y del P. Lami. El como ellos supone que Jesucristo no celebró esta última pascua; pero nosotros con la mayor parte de los intérpretes creemos que la celebró, y creemos tambien con el P. Hardouin que no anticipó la celebracion, sino que el 2 de abril que era el 13 de Nisan para los Judios, podia ser el 14 para los Galileos; y en esto nos fundamos para hacer en la cronología la distincion de ocho dias de la gran semana en que se consumaron los misterios de la pasion y resurreccion de Jesucristo. Hoy este número de dias segun el cálculo de los Galileos lo hemos encerrado entre dos paréntesis, para que no se nos impute que queremos atribuir esta distincion á D. Agustin Calmet. Por último, como hemos anunciado en los análisis de los libros precedentes las Disertaciones que tienen relacion con estos libros, así anunciaremos la Harmonía de D. Agustin Calmet, que es en alguna manera un análisis de los cuatro Evangelios, y anunciaremos las Disertaciones que dicen relacion con los textos sagrados de los evangelistas, y se encontrarán reunidas á continuacion de esta Harmonía.

## HARMONÍA

DE LOS

## SANTOS EVANGELIOS,

Ó SEA

BREVE HISTORIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SI-  
GUENDO EL ORDEN DE LOS TIEMPOS.

### PRIMERA PARTE,

Que comprende lo que pasó desde la concepcion de S. Juan Bautista hasta la primera pascua celebrada por Jesucristo despues de su bautismo.

QUERIENDO Dios prepararle al Mesías un precursor, hizo que se le anunciase á Zacarias, sacerdote de la familia de Abia, el nacimiento

I.  
Concepcion  
de S. Juan  
Bautista.